

Manuel SÁNCHEZ SARTO

Escritos Económicos (México, 1939-1969)

Edición de Eloy Fernández Clemente

Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, Larrumbe, 2003, 691 pp.

A finales de los años veinte del siglo pasado fue creada la primera Escuela de Economía en México. Primero, como una sección dentro de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Nacional —recién Autónoma— de México y, cinco décadas más tarde (1976), como la Facultad de Economía. Para efectos de estas líneas, la escuela es la “Escuela”, en especial para aquellos profesores que durante sus primeras décadas impartieron, dirigieron y difundieron conocimiento desde sus aulas, entonces localizadas en la calle de República de Cuba, en el centro de la Ciudad de México.

Sus primeros años no fueron fáciles, pues la Escuela nació adoleciendo de varios problemas. Primero, la ausencia de un cuerpo académico mínimamente capacitado para impartir un plan de estudios sobre economía; segundo, un universo estudiantil con poca preparación, heterogéneo y que conjugaba el estudio de la carrera con algún trabajo profesional; y tercero, la ausencia de bibliografía económica en español, dificultando la transmisión del conocimiento. Razones por las cuales uno de sus principales promotores, Cosío, estalló en el desánimo pesimista sobre dicha posibilidad de hacer escuela, para emprender poco después, ya calmado, una nueva aventura intelectual: la creación del Fondo de Cultura Económica (1934), hasta la fecha la principal editorial del país.

Así, entre gritos y sombrerazos, a mediados de los años treinta, florecían dos de las instituciones claves de la economía mexicana que, institucionalmente, surgen como una necesidad del Estado al culminar la fase armada de la Revolución Mexicana. La Escuela, que, a pesar de las reservas de Cosío, fue sostenida gracias al empeño de varios profesores, encabezados por Jesús Silva Herzog; y una editorial incipiente, el Fondo de Cultura Económica, cuyo primer libro, *El Dólar Plata*, de William P. Shea (1935), responde a una traducción de Salvador Novo (1904-1974), ¡poeta!, encomendada por Cosío Villegas a propósito de la Conferencia Panamericana de 1934 en Uruguay. Con la ausencia de sólidos cuerpos docentes de economía y la falta de bibliografía económica en español transcurrieron los primeros años de la Escuela de Economía.

La derrota de la República Española ante el franquismo contribuiría de manera profunda e indirecta en México a llenar este vacío entre otros muchos más. De los cuatrocientos mil desplazados, desterrados que tuvieron que dejar su patria, un porcentaje importante tuvo cobijo en México; y de esa cifra, un porcentaje significativo vino a alimentar y enriquecer, con su inteligencia, a las nacientes instituciones económicas, sociales y culturales mexicanas. Hombres de distintos colores y proporcio-

nes llegaron a México, esperando una fugaz estancia de Franco en el poder y, mientras tanto, a hacer lo suyo: producir, a la par que contribuir a crear espacios y tiempos a favor de un mundo mejor.

En ese afán, científicos, filósofos, médicos, sociólogos y economistas españoles republicanos enriquecerían nuestra cultura de una manera superlativa, al impartir cátedra, investigar y abrirnos las puertas de otros mundos mediante sus experiencias y sus traducciones a otras lenguas y culturas. Por primera vez, la trilogía docencia, investigación y difusión se armonizó en la academia de la UNAM y otras instituciones académicas ya existentes o que ellos mismos impulsaron, como el Colegio de México. Una tarea en donde José Gaos, José Medina Echevarría, Manuel Sacristán Colás, Ramón Xirau, Rosalío Wences, Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros muchos, jugaron un papel primordial en el enriquecimiento de la ciencia y la cultura de México. Éste es el universo en el que encontramos a Manuel Sánchez Sarto, aragonés ilustrado al que hasta la fecha le debemos mucho como economistas y como mexicanos. Primero, por su modestia para enseñar y aprender dentro de un mundo pasado-presente de tinieblas, cuyas ponencias y escritos gozan aún en nuestros días de una frescura imperativa, a retomar como reflexión y como arma, honda de David. Segundo, por su cultura, puesta al servicio de un sinnúmero de traducciones, gracias a las cuales tuvimos oportunidad de conocer a economistas y, en general, a estudiosos sociales de otros países y lenguas distintas al español. Y, tercero, porque Sánchez Sarto es un hombre que nos transmitió la importancia de conjugar la reflexión con la acción: estudioso de noche, trabajador de día. Estudia, lee, escribe y traduce por la noche mientras que, existiendo sol, su vida son imprentas, cátedras, formación de profesionales, discursos, asesorías, responsabilidades públicas y, desde luego, reuniones con colegas aragoneses, españoles, mexicanos y de todas partes del mundo. A decir de sus contemporáneos —Silva Herzog, Mario Souza, Torres Gaitán, López Rosado, etc.—, un hombre de excelente conversación.

Sánchez Sarto llegó a México con una experiencia considerable como profesor universitario y como traductor. Como se expone en el brillante y exhaustivo ensayo introductorio que compila parte de su obra, era ya una personalidad en el campo de la academia, la traducción y la edición en Zaragoza y Barcelona. Después de muchos avatares, al arribar a México por el norte del país inicia una vida fecunda en todos los ámbitos institucionales. Es docente, investigador, difusor, traductor y, poco más tarde, como se acostumbra en mi país, forja cuadros profesionales dentro de la administración pública mexicana (Banco de México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, etc.) y en organismos internacionales como la CEPAL.

El libro que hoy comentamos se inicia con un amplio ensayo biográfico de Eloy Fernández Clemente, en el que con nobleza y en la parte última con inocencia, el autor nos proporciona un noble retrato de Manuel Sánchez Sarto. El mismo Fernández Clemente realiza la edición y selección de textos organizándolos de la siguiente manera.

Un primer grupo de trabajos, realizados por Sánchez Sarto al arribar a México, dan cuenta de la España Republicana y de la historia larga, siempre oscilante, de su patria chica: Aragón. Un segundo bloque de artículos tiene por objeto reflexionar en torno a la economía mexicana durante los años de postguerra. En ellos se hace énfasis en las ventajas que la industrialización trajo para el país en materia de productividad, en la importancia que guardan las políticas económicas tendentes a impulsar el desarrollo con estabilidad, y en la naciente contabilidad nacional dentro del contexto del modelo de desarrollo estabilizador (1958-1970). Destaca también en este espacio su discurso pronunciado al conmemorarse los primeros 25 años del Fondo de Cultura Económica, institución editorial que, como hemos apuntado, creció y se consolidó gracias a los empeños de muchos intelectuales españoles y, entre ellos, Sánchez Sarto, que, para esos tiempos, le había dado a la imprenta ricas traducciones acompañadas de prólogos eruditos para dar a conocer obras tan importantes como la de Cantillon, Ashworth y Weber, por sólo citar algunas.

El siguiente conjunto de ensayos examina las particularidades de la industrialización latinoamericana, nuestra condición de países subdesarrollados y la necesidad de promover políticas que, al tiempo que promuevan el crecimiento y el bienestar de la región, se den a la tarea de integrar económicamente a la América Latina. No escapan a las preocupaciones de Sánchez Sarto los avances que en materia económica se daban en Estados Unidos y Europa en los años cincuenta y sesenta. En el primer caso, destacan sus trabajos sobre el sistema fiscal norteamericano, así como las esperanzas que, en sus inicios, despertó la llegada de Kennedy a la presidencia de ese país. Del segundo, rescata la importancia que guarda la ciencia y tecnología en el crecimiento económico, analizando el caso de Holanda.

Por último, se encuentran ensayos sobre el papel que la educación tiene en la economía. Un país con bajos niveles educativos difícilmente puede acceder a fases superiores de organización social. La educación es retratada como el espejo en el que se observan los avances de las naciones, los grados de asimilación del progreso, la eficiencia en el ejercicio de la administración pública. Es la educación, como en el presente, fuente inagotable de capacidades para superar los obstáculos que impiden a los pueblos acceder al bienestar social, la vía para igualar oportunidades de desarrollo, de acceso al conocimiento. En ese amplio espectro, la enseñanza de la Historia Económica fue para nuestro autor un imperativo en la formación de economistas, más aún en la actualidad.

Según reza en su propuesta, discutida en el contexto inaugural de un nuevo plan de estudios (1951), Sánchez Sarto tenía como principal aspiración hacer, de sus alumnos, economistas con criterios amplios, a partir de la lectura y la escritura de la Historia Económica (materia de la que fue titular en la Escuela de Economía desde 1942). Ello les permitiría tener una visión retrospectiva de la economía, y enfrentar los problemas del presente a partir de las experiencias que se dan en el tiempo y en el espacio, pues siempre consideró a la geografía como la hermana inseparable de la historia:

“... Si me fuera posible elegir, me decidiría por recomendar la lectura de pasajes escogidos sobre libros donde la Economía va entrecruzada con la Literatura, la Historia y la Geografía, como el *Robinson Crusoe*, de Defoe; las *Estampas de la vida de León en el siglo X*, por Claudio Sánchez Albornoz; el *Viaje a las regiones equinocciales* de Alejandro de Humboldt, y otros semejantes.” (p. 616).

El contenido de su curso es de una amplitud enciclopédica. Se iniciaba con la interpretación de la economía a partir de varios autores, su relación con otras disciplinas y sus distintos enfoques metodológicos; de ahí en adelante, exponía, de manera breve pero sustancial, la historia material de los hombres desde sus orígenes hasta el presente, pasando por las características de la economía esclavista, el feudalismo, los Estados Absolutistas y el mercantilismo, la era moderna y la Revolución Industrial, el período de entreguerras, el colapso del mercado internacional y la realidad mundial que se desprende de la segunda postguerra, en donde surge una nuevo concierto institucional. Todo ello acompañado del pensamiento económico de la época, en donde destacaron sus exposiciones sobre Cantillon, Marx, Weber y Keynes.

En suma, Manuel Sánchez Sarto fue, parafraseando a Borges, un hombre del siglo XIX extraviado en el XX; un aragonés universal amante de la democracia y la libertad; un zaragozano enciclopédico, cuyo dominio de varias lenguas le permitió comprender cabalmente su presente y vislumbrar el futuro; un maestro en toda la extensión de la palabra que, con modestia pero con firmeza, siempre abogó por formar economistas cultos, tan necesarios en estos tiempos de tecnocracias sin perspectivas históricas. Por lo anterior, damos la bienvenida a esta obra convencidos de que tendrá un amplio círculo de lectores, en especial, dentro de las nuevas generaciones de economistas españoles.

Francisco Javier Rodríguez Garza
Universidad Nacional Autónoma de México